

¿Qué le pasa al alma de los progresistas?

Los conservadores ponen un precio a su alma 14 veces superior al que le ponen a la suya los progresistas. Literalmente. El profesor Jon Haidt mantiene desde hace meses una investigación en la que pregunta a miles de personas por cuánto dinero firmarían un papel que dijera “vendo mi alma a quien encuentre este papel después de mi muerte”. Los progresistas exigen 35.000 dólares y los conservadores 500.000.

El pintoresco hallazgo de Haidt se completa con otros: los progresistas exigirían sustancialmente menos dinero que los conservadores por cocinar y comerse a su propio perro muerto por causas naturales o por some-



LUIS ARROYO

La batalla por sus valores no debería reducirse a la reivindicación de protección y justicia

terse a una transfusión de sangre de un abusador de menores.

Esas preguntas son indicadores de una de las dimensiones que constituyen el equalizador moral y político de la gente: la dimensión Santidad. Los conservadores tienen un mayor aprecio por un supuesto orden trascendente de las cosas, no solo religioso. Son más reticentes a la “contaminación” de lo “natural”, al mestizaje, a los experimentos científicos.

Además de puntuar más alto que los progresistas en Santidad, los conservadores valoran también más la Autoridad y la Pertenencia, otras dos dimensiones del equalizador moral del que todos estamos provistos desde que nacemos. Más temero-

sos del desorden, más asustadizos en la incertidumbre, los conservadores valoran más que los progresistas la existencia de una autoridad fuerte: por eso ellos exigen más dinero por insultar a sus padres, aunque sea en broma, o por hacer un gesto insultante a un jefe o un profesor. Y con sentimientos más gregarios sobre su nación o su etnia, los conservadores puntúan también más alto en Pertenencia, y exigen más dinero por quemar en la intimidad una bandera de su nación o por apostar públicamente por el equipo deportivo rival, por ejemplo.

Los conservadores lo son porque estiman la autoridad clara, el respeto por las costumbres arraigadas en la tradición o la

divinidad, el patriotismo y la identidad colectiva.

Digamos de paso que los progresistas no nos identificamos con los autoritarismos o populismos de izquierda porque no creemos que sean progresistas. Al recurrir al dogma comunista como fuente de inspiración, al militarismo como expresión de la autoridad, al “patria o muerte” y al simbolismo cuasi religioso de Bolívar o Martí, líderes como Chávez o Castro se convierten en líderes rabiosamente conservadores, por muy de izquierdas que se presenten.

El alma progresista, por tanto, tiene un problema de origen, y es que minusvalora elementos que son muy importantes para

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

Universalizar la excelencia

En un reciente congreso celebrado en la Universidad de Évora debatían los participantes sobre un asunto crucial para la educación. Dos modelos educativos parecían enfrentarse, el que pretende promover la excelencia, y el que se esfuerza ante todo por no generar excluidos. Parecían en principio dos modelos contrapuestos, sin capacidad de síntesis, esas angustiosas disyuntivas que se convierten en dilemas: o lo uno o lo otro.

Afortunadamente, la vida humana no se teje con dilemas, sino con problemas, con esos asuntos complicados ante los que urge potenciar la capacidad creativa para no llegar nunca a esas “elecciones crueles”, que siempre dejan por el camino personas dañadas. Por eso la fórmula en este caso consistiría —creo yo— en intentar una síntesis de los dos lados del problema, en universalizar la excelencia, pero siempre que precisemos qué es eso de la excelencia y por qué merece la pena aspirar a ella tanto en la educación como en la vida corriente. No sea cosa que estemos bregando por alguna lista de indicadores, pergeñada por un conjunto de burócratas, que miden aspectos irrelevantes, aspectos sin relieve para la vida humana, a los que, por si faltara poco, se bautiza con el nombre de “calidad”.

En realidad, el término “excelencia”, al menos en la cultura occidental, nace en la Grecia de los poemas homéricos. Recurrir a la *Iliada* o la *Odisea* es sumamente aconsejable para descubrir cómo el excelente, el virtuoso, destaca por practicar una habilidad por encima de la media. Aquiles es “el de los pies ligeros”, el triunfador en cualquier competición pedestre, Príamo, el príncipe, es excelente en prudencia, Héctor, el comandante del ejército troyano, es excelente en valor, como Andrómaca lo es en amor conyugal y materno, Penélope, en fidelidad, y así los



ADELA CORTINA

El secreto del éxito en la democracia está en competir con uno mismo en provecho de todos

restantes protagonistas de aquellos poemas épicos que fueron el origen de nuestra cultura, al menos en parte, porque la otra parte fue Jerusalén.

Pero el excelente no lo es solo para sí mismo, su virtud es fecunda para la comunidad a la que pertenece, crea en ella vínculos de solidaridad que le permiten sobrevivir frente a las demás ciudades. Por eso despierta la admiración de los que le rodean, por eso se gana a pulso la inmortalidad en la memoria agradecida de los suyos.

Al hilo del tiempo esa tradición de las virtudes se urbaniza, se traslada a comunidades, como la ateniense, que deben organizar su vida política para vivir bien. Para lograrlo es indispensable contar con ciudadanos excelentes, no solo con unos pocos héroes que sobresalen por una buena cualidad, sino con ciudadanos curtidos en virtudes como

la justicia, la prudencia, la magnanimidad, la generosidad o el valor cívico. Ante la pregunta “excelencia, ¿para qué?” habría una respuesta clara: para conquistar personalmente una vida feliz, para construir juntos una sociedad justa, necesitada de buenos ciudadanos y de buenos gobernantes.

A fines del siglo pasado surge de nuevo con fuerza la idea de excelencia al menos en tres ámbitos. En el mundo empresarial el libro de Peters y Waterman *En busca de la excelencia* invita a los directivos a tratar de alcanzarla siguiendo principios con los que otras empresas habían cosechado éxitos. En el mundo de las profesiones se entiende con buen acuerdo que el profesional vocacionado, el que desea ofrecer a la sociedad el bien que su profesión debe darle, aspira a la excelencia sin la que mal podrá lograrlo. Y también en el ám-

bito educativo florece de nuevo el discurso de la excelencia, al que es preciso dar un contenido muy claro para no confundirla ni con las supuestas medidas de calidad, un tema que queda para otro día porque requiere un tratamiento monográfico, ni con la idea de una competición desenfrenada en la escuela, en la que los fuertes derrotan a los débiles. Conviene recordar que en la brega por la vida no sobreviven los más fuertes, sino los que han entendido el mensaje del apoyo mutuo, los que saben cooperar y por eso les importa ser excelentes.

La excelencia, claro está, tiene un significado comparativo, siempre se es excelente en relación con algo. Pero así como en las comunidades homéricas importaba situarse por encima de la media, el secreto del éxito en sociedades democráticas consiste en competir consigo mismo, en no conformarse, en tratar de sacar día a día lo mejor de las propias capacidades, lo cual requiere esfuerzo, que es un componente ineludible de cualquier proyecto vital. Y en hacerlo, no solo en provecho propio, sino también de aquellos con los que se hace la vida, aquellos con los que y de los que se vive. En esto sigue valiendo la lección de Troya.

A fin de cuentas, no se construye una sociedad justa con ciudadanos mediocres, ni es la opción por la mediocridad el mejor consejo que puede darse para llevar adelante una vida digna de ser vivida. Confundir “democracia” con “mediocridad” es el mejor camino para asegurar el rotundo fracaso de cualquier sociedad que se pretenda democrática. Por eso una educación alérgica a la exclusión no debe multiplicar el número de mediocres, sino universalizar la excelencia.

Adela Cortina es catedrática de Ética y Filosofía Política de la Universidad de Valencia y Directora de la Fundación ÉTNOR.

FORGES



OPINIÓN

Cartas al director

Debate sobre la ley del tabaco

Suelo coincidir con las opiniones casi siempre lúcidas y valientes de Fernando Savater sobre muchos temas, pero no en sus críticas sobre la futura ley del tabaco —ni tampoco en su defensa a ultranza de un espectáculo tan sanginario como las corridas de toros—. Concretamente, en su artículo *¿Veneno puro?*, publicado el día 22, indica que le resulta chocante que nadie, aparte de hosteleros y otros damnificados económicos, proteste contra la nueva norma de prohibir fumar en lugares públicos. Supongo que quizás porque es de sentido común que en aquellos lugares que compartimos todos nadie obligue a los demás a respirar sustancias que además de molestas se han demostrado muy perniciosas.

Y me sigue chocando que critique la futura ley por no permitir que haya algunos establecimientos en donde se pueda fumar y otros donde no (bares, restaurantes, etcétera). Expuesto así parecería lo lógico, pero eso ya lo hizo la anterior y los resultados ya los conocemos: prácticamente se fuma en todos los bares y en muchos restaurantes, especialmente los que no poseen suficiente amplitud para permitir ambas cosas.

Los hosteleros, lógicamente, quieren que en sus establecimientos pueda consumir todo el mundo, tanto el fumador como el no fumador, y prohibir la entrada a aquel —el fumador— sería quedarse sin una parte sustancial de su parroquia, por lo que al no existir prácticamente alternativa el no fumador no ha venido teniendo más opción que aguantarse o no entrar. Claro que contra esto se podría aducir que a partir de ahora al que le va a tocar aguantarse va a ser al fumador, y es ver-

Wikileaks y el ajedrez

¿Por qué será que no me sorprende lo que nos desvela Wikileaks? Si acaso, lo que me sorprende es su propia existencia, que por una vez podamos saber lo que se dice a micrófono cerrado, qué sucede cuando la Embajada cierra sus puertas, cuando la foto oficial toca a su fin.

No me sorprende que una primera potencia ejerza presión sobre un Estado “soberano”; posiblemente el día que deje de hacerlo dejará de ser una primera potencia. Me apenan si acaso las formas, el escaso respeto por las personas, el considerarlas piezas de ajedrez de un inmenso tablero en que el rey, la primera potencia, tiene claro que están a su servicio para vencer al contrincante y defender su propia vida. ¿Quién es el contrincante? Cualquiera que se ponga por delante. ¿Qué pieza somos nosotros? No es el mismo el trato a una dama, a una torre, a un alfil, incluso a un caballo, que el que pueda merecer un peón. Y

dad, pero parece lo razonable. ¿O no?— **Antonio Guerrero**. Tres Cantos, Madrid.

Medidas ¿necesarias?

Asistimos a la práctica unanimidad de políticos y de buena parte de la opinión publicada sobre que el Estado de bienestar es insostenible en pleno siglo XXI. Un presidente que negó la crisis durante años pretende presentarse como el hombre responsable de adelgazar al máximo todos los sistemas de protección y solidaridad que afectan a la mayoría para salvaguardar cosas tan importantes —¿para quiénes?— como el sistema financiero y las leyes del mercado. ¿Es insostenible el sistema de pensiones o son insostenibles los fondos de pensiones de los directivos de la gran banca o de la SGAE? ¿Es honesto reducir las compensaciones a los trabajadores despedidos mientras se mantienen desproporcionadas indem-

nizaciones a todos los cargos públicos y electos que cesan? ¿Es imposible subir impuestos al capital, el patrimonio y la especulación bursátil mientras se recomienda subir el IVA y las retenciones a los trabajadores por cuenta ajena? ¿Hemos de seguir la recomendación de bajar prestaciones en sanidad y educación sin cuestionar las subvenciones del Estado a colegios y clínicas concertados? ¿Por qué es más urgente blindar la propiedad intelectual que la vivienda de los que pasan apuros?

Cuando leo que Tony Blair tiene un patrimonio de 25 millones de euros, cuando veo la presencia en grandes empresas y bancos de los Narcís Serra, Martín Villa, Felipe González, Eduardo Zaplana, Rodrigo Rato o Hernández Moltó no puedo dejar de recordar una frase del historiador Josep Fontana sobre los políticos supuestamente progresistas del siglo XIX: “Al fin y al cabo, revolucionarios de 1868 y restauradores de 1874

alguien mueve los hilos ¿nos sorprende? Para mí lo nuevo de Wikileaks no es el mensaje sino el propio mensajero, que alguien se la juegue y a través de la Red ponga en “jaque” no solo a los mandamases, sino a la propia concepción del Estado como valor absoluto.

¿Podemos imaginarnos un mundo sin Internet? ¿Sin que las personas puedan expresar *urbi et orbi* sus opiniones, alegrías, miedos y sentimientos? Alguien intenta detener al mensajero y el mundo entero protesta. Quizá la seguridad auténtica no consista en tener que ocultar lo que se hace y lo que dice, sino en poderlo pregonar desde un profundo respeto al ser humano.

No me sorprende lo que se desvela, me sorprende que se desvele. Y me hace concebir un cierto sentimiento de esperanza en la especie humana.— **Joan S. Alós Batlle**. Valldoreix, Barcelona.

(ni muy revolucionarios los unos, ni muy restauradores los otros) se sentaban juntos en los Consejos de Administración de las mismas compañías y tenían unos intereses comunes”.— **Enric Pla**. Vinaròs, Castellón.

El cierre de CNN +

Para mí, CNN + ha sido el paradigma de la independencia informativa en España. Siempre se pone como ejemplo de independencia, calidad y equidad a la BBC. Estando totalmente de acuerdo, considero que CNN + está —estaba— a la misma altura.

Sin embargo, lo más triste es no solo que vamos a perder al gran equipo de profesionales de todos los niveles, que también, sino que hay algo en lo que casi todos coincidimos, y es que nuestro país perderá una gran fuente de información irrepitible. Nadie puede imaginar, por razones diversas, que ninguna de las actua-

les televisiones privadas vaya a poner en marcha este tipo de información. Tampoco TVE.— **Francisco Terrasa**. Madrid.

El mal estado de la A-2

Son las 12 de la noche. Acabo de llegar a Madrid desde Zaragoza por la A-2 y tengo la impresión de haberme librado por los pelos de las muchas posibilidades de accidente que *ofrece* esta carretera.

Ayer mismo por la mañana hice el mismo camino en sentido inverso y la luz de un espléndido día y la mayor frescura del conductor hicieron soportable lo que por la noche se convirtió en una trampa: tramos de obras cada pocos kilómetros, señalización horizontal confusa, señalización provisional (amarilla) mezclada o superpuesta con la definitiva, estrechamientos prolongados de la calzada, larguísimos tramos con separadores de plástico (blancos y rojos), firme en mal estado con baches, estrías y cambios continuos de pavimentación...

Me parece de vergüenza el estado de esta vía que es posiblemente la más transitada de toda España. Si todo es consecuencia de la mala situación económica de nuestro país, habrá que recortar de otras partidas y no de esta que afecta directamente a la seguridad y a la vida de muchas personas.— **Antonio Forcén**. Madrid.

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos.

CartasDirector@elpais.es

¿Qué le pasa al alma de los progresistas?

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

mucha gente, y que tienen que ver con el respeto por la autoridad, el sentimiento identitario, y la veneración por unos ciertos principios trascendentes.

Esto no fue un problema para los progresistas del mundo entero cuando, a lo largo de la historia, defendieron sus causas apelando a los dos fundamentos morales en los que ellos sí están fuertes, las dos clavijas que aún nos quedan en el ecualizador moral de la gente: la clavija de la Protección y la clavija de la Justicia.

Los progresistas puntúan más alto que los conservadores en la primera de ellas, en la de la Protección. Exigen, tomando de nuevo un ejemplo de Haidt, más dinero por pinchar con una aguja la mano de un niño desconocido, o por pegar un golpe a un perro en la cabeza. En materia de Justicia, sin embargo, tanto progresistas como conservadores puntúan igual, exigiendo un millón de dólares por hacer cosas como robar a un pobre para hacer un regalo a un rico o fir-

mar en secreto el compromiso de no contratar gente de una determinada raza en la empresa.

El alma progresista, en todo el mundo, durante toda la historia de la Humanidad, ha tenido siempre una fuerte componente de protección de los seres humanos y de otras especies (y por tanto la solidaridad, la comprensión, la escucha, la democracia, la tolerancia...) y de defensa de la justicia (y por tanto la proporcionalidad de premios y castigos, la defensa de la igualdad de oportunidades y la extensión de derechos para todos).

De la distinta configuración del ecualizador de conservadores y progresistas en estas cinco clavijas deriva también la distinta concepción que unos y otros tienen de una sexta dimensión (que Haidt está incorporando a su modelo): la de la Libertad.

Como los progresistas no estiman tanto la autoridad y sí la justicia, puntúan alto en una concepción positiva de la Libertad: la libertad como estilo de vida, es decir, que cada cual haga lo que crea y quiera. Los conservadores puntúan alto, por el contrario, en Libertad negativa, en sentido de no intervención: que el Estado no se meta en la vida de la gente, algo que los progresistas consideran necesario

para promover la Protección y la Justicia.

La narrativa progresista ha sido siempre, y siempre será, de protección y de justicia, por lo que son millones los que se desencantan con gobernantes que parecen haber renunciado a esos principios, sea manteniendo abierto Guantánamo, extendiendo exenciones fiscales a los más ricos o recortando ayudas a los más débiles. El sometimiento a “los mercados”, las agencias de

Tampoco se pueden regalar a los conservadores la Autoridad y la Pertenencia

valoración o los burócratas de Bruselas no hace sino romper con la narrativa genuinamente progresista: la protección y promoción de los débiles frente a los fuertes.

Casi todo puede explicarse con un marco más bien progresista o más bien conservador. Por ejemplo, exigir consentimiento paterno a una joven de 16 años para abortar —reforzar la autoridad— es conservador; garantizar

que nadie, ni siquiera una madre o un padre, impone a una joven de 16 años la maternidad es progresista, porque se garantiza la protección de la parte más débil. Aumentar la edad de jubilación puede ser conservador —autoridad— y también progresista —garantizar el mantenimiento de la protección pública futura—.

Pero para que la gente lo vea de una u otra manera hay que defender los principios morales subyacentes desde el principio, no después. Conversando sobre el futuro de la izquierda, Tony Blair nos decía hace algunas semanas en Nueva York que desconfiaríamos de quien afirmara que “tenemos un problema de comunicación” cuando lo que solemos tener es un problema de políticas.

Yo creo que son las dos cosas. Los progresistas tienen el desafío de hacer y enmarcar sistemáticamente sus políticas como políticas de protección y justicia social, la protección de los débiles frente a las fuertes. Esa es su música. Y deben además mostrarse sensibles a la música conservadora, para que el sonido llegue con un ecualizador de cinco clavijas y no solo de dos. Por eso deben demostrar que también les importa la autoridad (y el mérito y la disciplina), la santidad (de todas las

creencias, no solo de la dominante, lo que desespera frecuentemente a sus adversarios conservadores) y la pertenencia (no patriotería, sino patriótica en el sentido más noble del término).

Los progresistas deberán fomentar el control de las instituciones públicas sobre las grandes corporaciones, las bolsas y los especuladores; promover el sentimiento de pertenencia a entidades nacionales y supranacionales, como Europa, en nuestro caso; respetar la presencia y el ejercicio de (todas) las religiones y creencias; exigir el respeto a la autoridad de la Ley igual para todos, sin excepción, y el premio al mérito y la disciplina. Mientras lo hacen, elevando las teclas de la Autoridad, la Pertenencia y la Santidad, deben mantener bien altas, cómo no, las que le son más familiares: las de la Protección y la Justicia.

Harán así música que los ciudadanos entenderán y aplaudirán. Abandonar aquellos tres fundamentos morales es un error, pero es trágico observar que algunos líderes progresistas parecen a veces renunciar directamente a los cinco.

Luis Arroyo es presidente de Asesores de Comunicación Pública y autor de *El poder en escena*.